

Primeras páginas del ensayo inédito

Crónica de supersticiones urbanas

LUISA FUTORANSKY

Soy una descreída que nunca pasa bajo una escalera, evita los gatos negros y toca madera para preservarse de un desastre que por medio tan económico e infalible evitará que suceda.

Si me espera algo importante por hacer no me gusta darme cuenta de que me bajé de la cama empezando el día con el pie izquierdo.

En mi cartera no me falta una cintita roja.

Evito los tratos y contratos con gente que me tira “mala onda”.

En suma, estoy atestada, como todo el mundo de palabras claves, ritos secretos y públicos, que dentro de mí me hacen de escudo ante un eventual fracaso.

Los más racionales y razonables, los que se dicen más progresistas, no están exentos de estos u otros áncoras de salvación.

Un muestrario, un catálogo de “locuras” de este tipo forma también parte de nuestra vida cotidiana. La nómina es larga, tenaz y persiste pese a todos los avances tecnológicos. Hago mía, pues, la frase de Tristán Bernard (1866-1947): “No soy supersticioso/a, sólo temo que serlo me traiga mala suerte”.

Así, de la ciudad al campo y viceversa fluyen las costumbres y ritos propiciatorios que

en el fondo quieren tan sólo domesticar el azar y la imprevisión.

Esa tela invisible nos cierra y nos contiene. Y aún se enriquece con nuevos puntos, pues a los que heredamos de nuestro entorno familiar se van sumando los que vamos adquiriendo, esa trama de luz y de sombra, de permitidos y prohibidos, de estrellas fulgurantes y otras más sombrías que constituye nuestra vida, todas las vidas.

Hablando de tramas, una de las creencias y sus objetos representativos que fui adoptando en la última década, es la del *dream catcher*, el atrapa-sueños. Ya los griegos creían que el “alto don del sueño” era el mayor de los regalos. Los indios hopi, zuñi y ojiwa de América del Norte materializaron esta afirmación en un delicado círculo donde dentro tejen una tela de araña. Por sus intersticios partirán nuestros buenos sueños para materializarse y las pesadillas quedarán atrapadas hasta que la luz del día las disuelva y jamás vuelvan a perturbarnos.

Qué más puedo augurarles a mis lectores, un arco tendido, de buenos días a buenos sueños, de amanecer a amanecer. Todo un programa.

En general, por darle un nombre, tildamos de ritos y supersticiones irracionales a cuanto suele ser un resto imborrable de cultos y creencias yuxtapuestas que al menos en parte no cedieron a la cultura predominante. Así fue el caso de longobardos, hunos, eslavos y pueblos nórdicos ante el cristianismo. Convicciones que los que se van imponiendo califican en los otros de “creencias bárbaras o primitivas” y prohíben en forma arbitraria, obligando a que se adhiera a ellas a hurtadillas y se magnifiquen con la prohibición.

Un ejemplo: Calvino y Lutero consideraron supersticiones las prácticas de los católicos y para éstos la nómina de quienes hubo o hay que erradicar por brujos, herejes, apóstatas, o apenas “desobedientes” es demasiado larga, tristemente larga, como para enumerarla.

Prefiero emplear, siempre que pueda, la palabra creencias porque no quiero excederme en el empleo del término superstición debido a su contexto de extrarradio, de peyorativo con el que incluso el pensamiento laico desestima las convicciones populares.

Religiones establecidas y pensamiento racional suelen aliarse para condenar la amplia gama de convicciones que entran en el ámbito del imaginario y van de todas las formas de astrología a los métodos adivinatorios más singulares; de la amplitud del conocimiento esotérico, ocultista, a lo puramente fantástico.

Y sin embargo, esas napas culturales, esos ritos sombríos muchas veces persisten y con fuerza en el mundo de alta tecnología y globalización de esta primera década del siglo XXI.

El conjunto de actos, gestos, no del todo claros que funcionan a diario en nuestro comportamiento social a los que púdicamente llamamos buena o mala onda o buenas o malas “vibraciones” vienen de muy lejos. Evocan y provocan con fuerza imágenes sumergidas que ni la historia, la de la hache mayúscula con su rechazo, ni la psicología, la antropología u otras disciplinas, incluso los dogmas de la fe consiguieron desarraigar y realizarles un ostentoso funeral.

A mayor malestar social mayor necesidad de que energías exteriores nos brinden un bálsamo a las dolencias físicas, existenciales y metafísicas. Y, como males sociales y personales casi nunca faltan, es muy común atribuir los pesares a la mala suerte, al mal de ojo, a la yeta, es decir a poderosas fuerzas negativas que, misteriosas, operan fuera de nosotros y nos fragilizan.

Con los años he ido, creo, avanzando y antes de echar la culpa de algo que creo que me han hecho otros al mal de ojo o al destino, suelo detenerme a desmenuzar lo que me ha ocurrido y analizar si más bien no se ha tratado de actos perpetrados por una de las peores plagas que conozco: la envidia, y dentro de ella su peor variante, la zancadilla gratuita, porque con ella, les aseguro, no hay quien pueda.

No obstante, cabe interrogarse por qué algunos animales tienen un sentido augural malféfico que atraviesa las fronteras. Por ejemplo casi toda Europa cree que es malo toparse con un *gato negro*. Por fortuna para el animalito existen honrosas excepciones, como la administración de lotería número 9 de Albacete, España, que eligió el nombre del felino como talismán para sus clientes. Es lo que también creía Winston Churchill que acariciaba con frecuencia un gato negro para atraerse suerte, más bien esquiva para sus fuerzas durante la primera parte de la Segunda Guerra. No sé si obraron finalmente a su favor las caricias al oscuro gatito o las “lágrimas, sudor y sangre” vertidas por los súbditos de Su Majestad. Atravesando el océano, *El gato negro* es también el título de un célebre relato de Edgar Allan Poe, poeta que se lució dedicando un célebre poema a un pájaro sombrío y agorero: *El cuervo*.

Podemos encontrar muchas razones para el tratamiento de excepción del animal negro en general y del gato en particular; su nocturnidad y su estado felino pariente de los tigres a quienes tanto tememos. Hace poco me enteré incluso que se habían realizado estudios médi-

cos por los cuales quedó comprobado que los gatos negros producen mayor alergia que los de otros pelajes, que habría que bañarlos más seguido y que eso de que se trepen a la propia cama de uno, ni hablar... Los estudios pueden multiplicarse, jurar que los gatos negros tienen más grasa en el pelo que el resto de sus congéneres pero el enigma, acendrado de siglos, sigue en pie.

A veces tengo la impresión que ultramodernos, tecnológicos, racionales todos, juntos y revueltos estamos deambulando en una gran estación de trenes. En este andén nos subimos al de alta velocidad que nos acerca en pocos momentos ciudades que

antes tardábamos muchas horas en alcanzar. En el de al lado trepamos como los personajes de *Harry Potter* a un universo de brujos, magos, hechiceros y odios tribales ancestrales.

Hay viajeros que “pierden” u “olvidan” sus bagajes en los andenes, para embarcarse más “ligeros de equipaje”. Otros los pasan de contrabando. A algunos en fin, los acompañan a lo largo de la vida y los transmiten en herencia a sus descendientes. Algo parecido ocurre con la cultura que traemos puesta, la que intercambiamos donde vivimos y la que dejamos detrás fecundando a quienes nos siguen.